

## CAPÍTULO IX

*Aventura á bordo de «La Navarre».—Me toman por otro.—Encuentro afortunado con el general Roa.—A bordo de «La Bretagne».—Salvamento del velero americano «Susan L. Hodge».—Sagacidad de un reporter americano.*

Tantos han sido los viajes que he hecho á México, que he perdido la cuenta de ellos; los dos ó tres primeros los efectué por la línea de Saint Nazaire á Veracruz y los subsiguientes los hice por la vía de Nueva-York, embarcándome en Liverpool ó en el Havre, según tomase vapor inglés ó francés. El viaje á México por los Estados Unidos es mucho más costoso que el directo á Veracruz, pero es infinitamente más corto y agradable. Sin embargo, no se lo aconsejo á aquellos que no estén familiarizados con el idioma inglés, pues sin este requisito el viaje sería uno de dificultades sin fin.

Tengo la ventaja grande para la navegación de no haber jamás conocido el mareo, ni aun en una ocasión que á bordo de «La Navarre» corrimos un ciclón conocí lo que son sus efectos, y de tal *fuertza* es mi estómago que aun cuando parezca una exageración puedo asegurar que, á pesar de mis innumerables travesías, *ni una sola vez* se dió el caso que yo faltase á la mesa á las horas de las comidas.

Al nombrar el trasatlántico «La Navarre» me viene á la imaginación un incidente muy desagradable que me sucedió al terminar una navegación á su bordo. Acabábamos de atracar al muelle de Saint Nazaire; cogí mis bultos de mano y descendiendo la escala esperaba á su pié á que descargasen el voluminoso equipaje para trasladarme á la aduana, cuando observé á mi lado tres individuos, uno de ellos con sombrero de copa, que no me quitaban la vista de encima. El último mencionado al fin encarándose conmigo me dijo sin más preámbulos:

—Usted viene de México, no es verdad?

Respondíle en la afirmativa, á lo que acto continuo me dijo:

—Usted es el Sr. Icaza, no es cierto?

Sin tomarme el trabajo de volver la cabeza le dije que no, á lo que mi interlocutor, como hablando consigo mismo, dijo:

—Pues lo siento, porque tengo documentos de familia de la mayor importancia que entregar al Sr. Icaza.

Como quiera que todo esto me tenía muy sin cuidado, continuaba yo observando silencioso los equipajes que salían de la cala esperando ver aparecer los míos, cuando el señor del sombrero de copa, encarándose de nuevo conmigo, me dijo:

—¿Cómo se llama usted?

Tan impertinente me pareció ya esta pregunta, que volviéndome violentamente le repliqué:

—Hace usted el favor de decirme con qué derecho me está usted mareando con sus preguntas?

Y me respondió:

—Con el de ser el comisario de policía

y tener orden de prender á usted, que, á pesar de sus negativas, es el Sr. Icaza.

Fueron inútiles todas mis protestas de llamarme Sr. Pastor y ser vice-consul de México, á cuyo efecto saqué mi pasaporte.

Todo en vano; me intimó la orden de que le siguiese, y al querer yo resistir me dijo al oído:

—Le advierto á usted que si no viene por las buenas le llevaré á usted por la fuerza. Toda resistencia es inútil, pues conmigo vienen tres agentes de policía.

Ante esta amenaza hube de inclinarme, y dejando abandonadas mis maletas en medio del muelle seguí al comisario y sus esbirros. Cabizbajo y acontecido marchaba yo en tan poco amena compañía, cuando al salir del muelle quiso la Providencia que me cruzase con mi particular amigo y entonces colega señor general Roa, consul de México en Saint Nazaire, al que en cuatro palabras expliqué el atropello de que era víctima, y gracias á su inmediata intervención quedé en libertad.

Deshecho el error, lo que fué doblemente sencillo puesto que el comisario tenía precisamente del general Roa la orden de aprehensión del Sr. Icaza, por el cual me habían tomado, el tal comisario al ver su error se deshizo en excusas y yo concluí por reirme del incidente y confirmarme una vez más en los inconvenientes de ser un hombre grueso, pues lo sucedido, según me explicó Roa, fué lo siguiente: al zarpar «La Navarre» del puerto de la Habana, el ministro de Relaciones de México envió un cablegrama al general Roa en estos ó parecidos términos: «Icaza embarcado á bordo «La Navarre», deténganle; filiación, grueso, estatura regular, ojos azules, barba castaña». El consul transmitió al comisario estas órdenes y como las señas coincidían precisamente con las de mi humilde persona, de ahí el *quid pro quo*; pero lo más gracioso del caso fué que el tal Icaza efectivamente venía á bordo, pero con nombre supuesto; y como hombre previsor desembarcó en la Coruña, de donde pudo escapar, si bien algunos meses después fué

preso en Toulouse, y llenadas las formalidades de extradición conducido á México, donde fué condenado á varios años de cárcel por la estafa que había cometido y cuya pena, si no me equivoco, aún no ha extinguido. ¡Quién sabe si no me encuentro á mi amigo Roa, y dadas las torpezas tan frecuentes de la policía, los días que hubiera yo estado encerrado en el *violón* de Saint Nazaire!

Lo que acabo de referir en sí al parecer nada tiene de muy desagradable; pero sí lo tuvo, y mucho, el que como para una buena parte de los pasajeros mi detención no pasó desapercibida, y sí las excusas del comisario de policía y su error, resulta que para muchos de aquellos á quienes traté incidentalmente en el viaje, siempre resultaré un individuo á quien la policía prendió en Saint Nazaire, y quién sabe si alguno me ha vuelto á ver y reconocido no se haya dicho *in petto*: ese es el criminal con quien viajé á bordo de «La Navarre».

El comisario de policía me indicó que co-

mo quiera que la filiación de Icaza había sido telegrafiada á París y correspondía á la mía, nada tendría de particular que allí fuese de nuevo víctima de otro error: afortunadamente no fué así y para nada fuí molestado; pero, en cambio, una señora con quien amenudo conversé durante la travesía, observé que al saludarla días después en la plaza de la Concordia no contestó á mi saludo, lo que siempre me ha hecho pensar que al menos para ella yo resulté un criminal.

Pocos espectáculos he presenciado en mi vida tan grandiosos como el de que fuí testigo en una de mis travesías á New-York, cuando navegando á bordo de *La Bretagne* y á la altura de los bancos de Terranova efectuamos el salvamento de la tripulación del barco mercante «Susan L. Hodge», de la matrícula de Boston.

Recuerdo que era un viernes de Enero, mes en que hay muy poco pasaje para New-York. Llevábamos seis días de un temporal deshecho, y los quince ó diez y seis pasaje-

ros de primera que venían apenas si se les había visto, mareados como estaban. El viernes el temporal cesó; el mar se puso como una balsa de aceite, por lo que después de comer todos se hallaban en el salón de fumar en alegre plática, cuando de repente oímos la bocina del vigía que anunciaba barco á la vista.

Como sucede siempre en estos casos, nos precipitamos todos á cubierta para ver el barco, y siendo una hermosísima noche de luna percibimos como á unos 500 metros de distancia lo que parecía ser un barco en fuego. Al instante *La Bretagne* puso su máquina á cuarto andar, y así que nos hallamos á unos 150 metros del barco *La Bretagne* paró, echando por sus chimeneas torrentes de vapor que producían ruido ensordecedor. Entonces pudimos ver distintamente un enorme casco desprovisto de palos, timón y botes, y sobre la cubierta del cual ardían dos enormes barriles de brea, alrededor de los cuales daban desaforados gritos unos 14 marineros que agitaban sobre sus cabezas unas

linternas encendidas. Este espectáculo en medio del Océano, alumbrado por la luna, tenía algo de fantástico y sobrenatural. En el centro de todo había un pequeño palo que á guisa de vela tenía un enorme pabellón de los Estados Unidos colocado boca abajo, y que en la marina es señal de pedir amparo.

El comandante de *La Bretagne* Sr. Ruppe dió orden de echar al agua una trainera, que tripulada por doce marineros y el primer oficial sin pérdida de tiempo se dirigió al barco náufrago, al que en breves minutos abordó, regresando al poco rato con seis ú ocho de los náufragos, que con una presteza sin igual subieron á la cubierta de *La Bretagne* por medio de la escala que se les echó y que como si nada ocurriese nos saludaron con un cortés *Good evening gentlemen.* (1)

La trainera efectuó tres viajes más, en el último de los cuales vino el capitán y cinco marineros moribundos, los cuales hubo de izarse á bordo por medio de la grúa y metidos en el bote tal cual llegaron. El capitán

(1) Buenas tardes señores.

del barco, antes de abandonarlo le pegó fuego por sus cuatro costados, pues era imposible pensar en salvar aquel casco que hubiera constituido un peligro.

Aquella inmensa hoguera en medio del Océano fué un espectáculo grandioso que jamás olvidaré, y que al ponernos de nuevo en marcha perdimos en el horizonte.

La operación del salvamento ocupó un tiempo considerable, así es que cuando terminó serían las doce de la noche, hora en que nos acostamos y sin que nos fuera posible tener detalle alguno de las causas que habían motivado hallarnos con aquel barco desamparado.

Al día siguiente á buena hora hallé en el fumador al capitán del *Susan L. Hodge*, que me refirió todos los pormenores del naufragio. Ya he dicho que éramos muy pocos los pasajeros y yo el único que poseía el inglés, con lo que, y ayudado de una botella de *whiskey* logré monopolizar su conversación. El *Susan L. Hodge* era un velero de tres paños, tripulado por veinte hombres incluidos

el capitán y el segundo. Hacía diez días que les había sorprendido un terrible temporal, que duró 36 horas, y durante el cual perdieron el timón y se rompieron sus tres paños, las embravecidas olas barrieron no solo cuanto existía sobre cubierta, sino que se llevaron sus ocho botes; por último, se inició una vía de agua que empezó á inundar las bodegas é inutilizó cuantas provisiones había á bordo, y lo que aún era mucho peor, anegando los tanques de agua potable.

Durante 16 días trabajaron estos infelices de día y de noche con las bombas con objeto de sostenerse á flote, y en una ocasión vino tan fuerte golpe de mar que acostado casi al barco hizo caer sobre seis marineros que se hallaban bombeando en la cala gran cantidad del lastre, consistente en lingotes de hierro, que les hirió gravemente inutilizándoles por completo para ayudar á sus compañeros en el trabajo de las bombas. Durante 16 días subsistieron con un barril de harina, que fué lo único que pudieron salvar, y bebiendo hielo derretido, de lo que afortuna-

damente tenían grande provisión. En dos ocasiones habían avistado barcos ingleses, á los que hicieron señales pidiendo socorro, pero con el egoísmo que caracteriza á los hijos de la nebulosa Albión, lejos de venir en su ayuda continuaron impertérritos su ruta.

Cuando avistaron *La Bretagne* temieron correr la misma suerte, por lo que no hicieron señal alguna hasta que materialmente estuvimos encima, y entonces solamente fué cuando pegaron fuego á los dos barriles de brea que he mencionado. El comandante Ruppe, más humanitario que sus colegas los ingleses, no solo los salvó de una muerte segura, sino que los alojó perfectamente y dió un camarote de primera clase al capitán y al segundo.

Tan pronto llegamos á *Sandy Hook*, se puso en conocimiento del puerto de Nueva-York los detalles del salvamento operado, y ahora haré ver á qué punto puede llegar la actividad de los reporters de los periódicos americanos.

Tan pronto llegamos al puerto de Nueva-York y cumplidas las formalidades de sanidad, una nube de periodistas invadió *La Bretagne*, todos ávidos de tener noticias y detalles del naufragio que he referido. A fuerza de no pocos empujones y cogiendo mi equipaje de mano pude abandonar el trasatlántico, y después de despachar con la aduana tomé un carruaje haciéndome conducir al hotel titulado Hoffman House. Hallábame en el despacho del mismo ajustando mi habitación, cuando se presentó un caballero preguntando:

—*Has Mr. Pastor arrived?*

Como es natural, volví instantáneamente la cabeza contestando á aquel desconocido que yo era el Sr. Pastor, y causándome no poca extrañeza que siendo tan limitado el número de personas que yo conocía en Nueva-York y no habiendo notificado á nadie mi llegada, á los cinco minutos hubiera quien preguntase por mí, y precisamente en un hotel donde jamás me había alojado. Parecía verdaderamente cosa de magia. Al pre-

guntar al caballero qué deseaba de mí, se fué derecho al grano, diciéndome:

—Soy un reporter del *Sun*; sé que es usted uno de los pasajeros de *La Bretagne* y que ha estado en íntima conversación con el capitán del *Susan L. Hodge: I wish to interview you* y le suplico me dé cuantos detalles conozca del salvamento del barco americano.

Accedí gustoso á la pretensión, y pasando con mi interlocutor al Bar del Hotel nos instalamos en una mesa, trayendo un mozo una botella de Heidsick extra dry, pedida por el reporter. Antes de hacer á éste mi narración, le dije:

—Pero cómo sabe usted mi nombre; cómo que he venido á bordo de *La Bretagne* y cómo que me alojaba en este hotel? A lo que me contestó:

—«Pues la cosa es muy sencilla. Fuí á »*La Bretagne* en busca de informes; nadie »me los daba; el capitán del barco naufrago »había ya saltado á tierra; quise saber detalles por alguno de los pasajeros; ninguno

»hablaba inglés; al fin un camarero *in broken English*, (1) me dijo que en el camarote número 62 había un pasajero que no solo »hablaba correctamente el inglés, sino que »durante tres días había estado en íntima »conversación con el capitán del barco naufrago. Corrí al camarote de usted, pero ya »usted se había marchado; pregunté su nombre y si por casualidad sabían dónde usted »se alojaba. El camarero me indicó había »oído á usted hablar del Hoffman; y aquí »me tiene usted suplicándole me refiera el »mayor número de detalles, con lo que me »hará un señaladísimo servicio.»

Entre copa y copa de champagne le referí cuanto sabía y había presenciado, lo que él iba anotando en taquígrafía. A los veinte minutos se terminó la botella de champagne y con ella el *interview*. No volví á acordarme más del asunto, hasta que á la mañana siguiente llamaron á la puerta de mi habitación, entregándome el criado un gran legajo, que resultó una mano del *Sun* con un ar-

(1) Mal inglés.

título de fondo de cuatro columnas, y cuyo encabezamiento, en gruesos caracteres, era el siguiente:

«Thrilling scene on the Ocean. The Susan  
»L. Hodge saved by the French steamer  
»La Bretagne», all hands saved. Interesting  
»interview with Mr. Pastor, Mexican consul,  
»passenger on board «La Bretagne». (1)

Leí el artículo y me eché á reír, pues los detalles que dí al reporter los había bordado, corregido y aumentado de tal modo, que había casi formado una novela digna de la imaginación de un Julio Verne.

---

(1) Escena conmovedora sobre el Océano. El «Susan L. Hodge» salvado por el vapor francés «La Bretagne». Todos los marineros salvados. Interesante interview con el Sr. Pastor, consul de México y pasajero á bordo de «La Bretagne».